



CLAUSURA DEL IX CONGRESO NACIONAL DE BIOÉTICA AEBI. "EL LENGUAJE UNIVERSAL DE LA BIOÉTICA" PAMPLONA, 25 Y 26 DE OCTUBRE DE 2013

PRESENTACIÓN DEL LIBRO "EL EMBRIÓN FICTICIO". HISTORIA DE UN MITO BIOLÓGICO, DEL PROF. DR. GONZALO HERRANZ RODRÍGUEZ

Intervención del Prof. Dr. Gonzalo Herranz Rodríguez

Parece ser que he de decir en la Clausura de IX Congreso Nacional de Bioética algo sobre "El embrión ficticio". No sé si lo que pretenden los organizadores de este acto es una promoción de ventas. No lo sé, pero sí que puedo declarar que no incurro en conflicto alguno de intereses de carácter financiero. Mucho más que el libro se venda, me importa que el libro se lea; que haga pensar y que, en consecuencia, sea criticado, a poder ser constructivamente. Me interesa que sean numerosos los que lo sometan a prueba y vean hasta qué punto su mensaje ha de tomarse en serio. Me gustaría ver si resiste las objeciones que le hagan los conocedores de la materia, que origine debate.

Pero, ¿por qué lo hice? Por una razón principal: quería poner en claro que los argumentos que deniegan al embrión humano un estatus ético pleno desde el inicio mismo de su desarrollo se apoyan en razones falsas: no se sustentan sobre datos, sino sobre suposiciones. He tratado de mostrar en algunos capítulos del libro, y creo haberlo conseguido, que muchos datos y conceptos biológicos sobre los que aquellos argumentos se fundan son ilusorios; es decir, o son erróneos, o han sido mal interpretados, o simplemente han sido imaginados. De hecho, esos datos no correspondían a hechos reales y que hubieran sido demostrados en el tiempo en que los correspondientes argumentos se crearon. Y, pasados más de cuarenta años, nadie ha podido acreditarlos, hacerlos válidos.

Eso significa, y no es poco, que las leyes de muchos estados, los informes de muy afamados comités, las di-

rectrices de ilustres instituciones científicas y un inmenso acervo de artículos escritos por éticos, moralistas y juristas contienen vicios graves en lo que concierne a su fundamentación embriológica: son, por decirlo de algún modo, hermosos edificios intelectuales construidos sobre arena. Curiosamente, desde los años 70 no han soplado sobre ellos vientos fuertes que los descuajaran, ni han caído lluvias que socavaran sus falsos cimientos. Y siguen ahí. Mi deseo es que "El embrión ficticio" fuera el primer embate de una tormenta que terminara por arruinarlos.

Estoy persuadido de que el libro resultará incómodo para no pocos y lo ignorarán. Otros lo tendrán como un alegato que ofende a los muchos éticos, teólogos y juristas que, en su día, movidos sin duda por la mejor voluntad, aceptaron sin más averiguaciones los datos científicos que los biólogos y médicos les entregaron, y los hicieron suyos, los propagaron con empeño, porque casaban muy bien con sus ideas: esos datos biológicos, nunca comprobados aunque muy difundidos, les proporcionaban una visión reductiva de lo que ocurre en las primeras y decisivas etapas del desarrollo embrionario, una visión que ayudaba a justificar éticamente la contracepción, la fecundación in vitro y la experimentación con embriones. Tal versión, llamémosla oficial, de la biología del embrión pre-implantado ha dominado sin oposición a lo largo de más de tres decenios; nadie se opuso a ella. Y hoy, en 2013, sigue dominando: los libros y las revistas de este año repiten que, en las dos primeras semanas de su desarrollo, el embrión puede convertirse en dos o más gemelos; que dos embriones dizigóticos pueden fundir-

se en una quimera tetragamética; que las decenas de blastómeros del embrión inicial son totipotenciales y capaces de originar cada uno de ellos un individuo si se lo separara de los demás; que las entidades que se pierden en los primeros días del desarrollo (probablemente más del 80%) son verdaderos embriones, lo que supone un despilfarro que devalúa sin apelación el estatus ético del embrión humano inicial. Esa es, como todos sabemos, la biología que respaldó en su momento el concepto de preembrión, y que sigue vigente aún cuando el término preembrión ha caído en desuso.

Pero, un día, por curiosidad y rebeldía, y, sobre todo, en la confianza de que no puede haber contradicción entre la ciencia verdadera y la fe verdadera, me pregunté: ¿será verdad todo eso que se dice y que todo el mundo acepta? Esos datos, ¿han sido demostrados?, ¿corresponden a hechos observados?, ¿los han comprobado diferentes investigadores?, ¿han superado el proceso de depuración crítica que han de superar los datos científicos, para tenerlos al menos como provisionalmente como verdaderos? Y, ¿dónde está la bibliografía que los describe?, ¿quiénes son los autores que los determinaron y los comprobaron?

Me puse a buscar, a estudiar, a evaluar críticamente la interminable cadena de trabajos que afirman esos datos, hasta llegar a las publicaciones que están en el origen de ellos. Creo que hice una búsqueda implacable: en buscar, estudiar y evaluar esos muchos centenares de trabajos invertí años: seis al menos. Pienso que, lamentablemente, eso es un lujo que sólo los jubilados tenemos al alcance de la mano. Detrás del libro hay miles de horas de trabajo. Tal es, me parece, el mérito principal de "El embrión ficticio".

Pero el libro debería ser sólo un modesto punto de arranque. En primer lugar, porque tiene defectos: ya he empezado a encontrarlos. Se han colado en él algunas erratas. Y también un error mayúsculo, inexplicable, que, aunque me apenó al descubrirlo, me alegro en confesar: en las páginas 209 y 210 dice ovocitos I, donde debiera decir ovocitos II. Muchas cosas podrían estar mejor dichas y algunas también más pensadas. Hay, aquí y allá, rincones en los que no he entrado, materias

que no he querido incluir. Valga, como justificación, que lo mejor es enemigo de lo bueno.

Y, sin embargo, el libro es, y eso me parece importante, un ejemplo, modesto y primerizo, de cómo se ha de trabajar en bioética: escoger un tema significativo, fuerte, y estudiarlo, durante años, sin prisa, a fondo. Nada de prisa, nada de superficialidad. Si uno trabaja así, siempre llegará a ver cosas importantes que decir.

Termino con un consejo, un consejo de viejo, dirigido en especial a los jóvenes. Cada uno ha de ponderarlo y, con plena libertad, hacerlo suyo, o rechazarlo. Es un consejo sencillo: no merece la pena malgastar la vida, los talentos, los esfuerzos en trabajitos, en cositas. Sinceramente, no compensa. Hay que plantar cara a temas fuertes. La bioética no es sólo cosa de hablar en la tele o de escribir en los periódicos: por fortuna y para su salud intelectual, la bioética estará cada vez menos de moda en los medios de comunicación. Y eso es bueno, pues no consiste la bioética en improvisar sobre noticias de actualidad, o en escribir artículos reciclando y pegando recortes de prensa. Hay mucha bioética que está todavía por hacer, y sobre todo "mucho entuerto por desfacer" en la bioética ya hecha. Conviene, por eso, ir a una bioética más robusta, más estudiosa, más largamente pensada; con más carne biológica, con más espíritu crítico y más discernimiento.

Trabajando así, podríamos acariciar el sueño de que, en unos años, no muchos, la Asociación Española de Bioética y Ética Médica podría convertirse en potencia mundial de la bioética.

Gracias.

Intervención de la Prof^a Dr^a Natalia López Moratalla

Creo que no exagero si afirmo que la publicación de este libro supone un antes y un después en la bioética al mostrar de forma evidente que "una biología débil lleva necesariamente a una bioética engañosa", como concluye el texto de la contraportada.

Si es leído, el "El embrión ficticio" podría ser el primer embate de la tormenta que derrumbe el nefasto edificio construido sobre la arena de la ausencia de ar-

gumentos. No se requiere ser especialista. Con un poco de esfuerzo las realidades biológicas que maneja se comprenden. Y el hilo argumental es claro, transparente.

Mi admiración por la labor del Prof. Gonzalo Herranz, viene de las lecciones que de él he aprendido: al atender a los nuevos descubrimientos, no dejar de echar la vista atrás para ver en que se fundamenta lo establecido, y lo que se va estableciendo. Rigor en el análisis de los hechos, de los datos, y en su interpretación.

Para mi la biología del arranque a vivir de cada ser humano, de sus primeras horas, de su desarrollo a lo largo de sus fabulosos 15 primeros días ha sido tema de largas horas de estudio, de mantener al día la literatura científica, de pensar, de pasar las ideas que iban tomando cuerpo, año tras año, por el crisol de las clases, y por el crisol de la exposición progresiva en artículos de comunicación científica.

No voy, obviamente, a contar mi vida. Sólo la breve historia del punto de confluencia con Gonzalo Herranz hace unos 15 años, sobre el argumento esencial de los gemelos y del sentido natural de la fecundación como proceso en el que se constituye un nuevo ser. La biología del desarrollo había ido cambiando al conseguir tratar la dinámica de los procesos. Se hacía difícil aceptar que un individuo se partiera en dos, podría ser a lo sumo que se separara una parte de él y desde esa materia arrancara a vivir un nuevo individuo...

Le di un par de folios a Gonzalo Herranz sobre "una fecundación dos cigotos". Le pareció buena pero no tenía fundamento riguroso que lo apoyara. Él me había mandado una cita de Zernicka-Guest que para mí había sido clave: el cigoto ya es asimétrico; por que es asimétrico no se parte a dos gemelos iguales! Pero era de ratón y no debería extrapolarlo sin más al inicio de la vida biológica de un ser humano. Más aún, sus artículos no reflejan todo lo descubierto antes que ella acerca de esa asimetría.

¡También con los datos que uno recibe, con inmensa alegría por las luces que le aportan, hay que ser muy críticos!

Este libro pone las bases para que caiga el edificio edificado sobre arena, y también las bases para el "des-

pués". Busca la confrontación de las teorías, que está en la base de la lógica de la ciencia.

Cuando lanza el reto de su Nueva teoría dice en la pag 167 "El autor... tuvo bastantes dudas acerca de si era oportuno o no añadir sus propias ideas sobre el origen de los gemelos MZ. Después de pensarlo bien, se ha decidido a ofrecerlas para discusión y crítica. Le ha animado a hacerlo haber tenido noticia de una teoría semejante, postulada por López-Moratalla y Cerezo...

Gonzalo Herranz me había aportado bibliografía sobre la influencia del ion calcio en la regulación de la asimetría que yo usé en apoyo de esa hipótesis, junto a otros datos de la fecundación humana in vitro. He tardado en comprender por qué borraba los añadidos míos a los sucesivos borradores que me pasaba de los capítulos de este libro cuando yo insistía en la asimetría creada en la fecundación como algo esencial. Posiblemente es así, y es válido como hipótesis, pero no está firmemente demostrada. Supongo que por eso el ion calcio solo ha merecido un ligero comentario a pie de página.

Gracias por la lección. No exagero si reafirmo que el libro marca un antes y lanza un después, especialmente dirigido al trato denigrante que recibe el embrión humano en la tecnología de la reproducción humana asistida. Si somos capaces de escuchar el mensaje este libro marcará un punto de inflexión en los argumentos de que el joven embrión humano es un joven ser humano.

La defensa de las convicciones profundas van de la mano del rigor científico que enseñas.

Intervención del Prof. Dr. Antonio Aranda Lomeña

1. Quienes me ha precedido en el uso de la palabra, poseen numerosos y patentes méritos para estar aquí, hablando con profundo conocimiento de causa de las materias que desarrolla el libro, verdaderamente sugestivo e interesante, que nos ofrece el Prof. Gonzalo Herranz. En mi caso, en cambio, falta esa profundidad de conocimiento de las cuestiones biológicas en él planteadas, a las que están ligadas, como es sabido, decisivas tomas de posición en el campo de la bioética.

2. Y, sin embargo, no obstante esa limitación, debo manifestar que me encuentro muy a gusto, participando y tomando la palabra en este acto. Y eso, por dos razones. La primera, por la amistad que me une al Prof. Herranz —amistad que incluye una gran admiración intelectual—, mantenidas ambas y consolidadas a lo largo de varias décadas de vida profesional compartida al servicio de la Universidad de Navarra, él en el terreno científico y yo en el ámbito teológico. Bastaría esta razón de amistad y admiración para justificar mi presencia en esta mesa.

3. Pero hay un segundo motivo, más directamente relacionado con el libro que presentamos, que explica mi estar hoy aquí con Vds., y además con ganas de decir cosas. Eso sí, cosas brevemente expuestas. El argumento se puede sintetizar en pocas palabras. Pienso poder afirmar que, sin ser yo especialista en los temas desarrollados por Herranz, la lectura pausada de su libro —muy bien escrito— me ha permitido no sólo entender la ardua problemática biológica y bioética contemplada en él, sino también, y aquí quiero poner el énfasis, a captar las que, a mi entender, son sus claves de fondo. Claves, sí, del libro, pero que reflejan sobre todo, como no puede ser de otro modo tratándose de una obra fundada en una entera vida de trabajo y de compromiso con la verdad, el espíritu sincero y la rectitud intelectual de su Autor. Quisiera explicar esto con mayor claridad, aunque sin alargarme.

4. Miren Vds., yo vengo, en el campo de la ciencia, de las matemáticas, que fueron mi primer objeto de estudio en la universidad. Más tarde, por distintas razones, pasé a trabajar en el terreno de la teología —en concreto, de la dogmática—, de la que me vengo ocupando desde hace no pocos años. Pues bien, ambos saberes —tan lejanos y tan cercanos entre sí—, me han hecho partícipe —en el plano de los hábitos intelectuales— de lo que ellos portan consigo y promueven en quienes los cultivan. Y eso es, sencillamente, el reconocimiento de la objetividad y belleza del ser de las cosas y el deseo de ahondar en la verdad que encierran: la verdad de lo que son, en la que está impresa la huella del Creador.

5. Tales hábitos intelectuales —propios no sólo de la matemática y de la teología, sino de todo auténtico

saber científico—, te proporcionan, en primer lugar, el realismo de situarte, por así decir, en tu sitio: a saberte criatura entre criaturas, llenas todas ellas de verdad y de dignidad. Y por eso mismo también ayudan, en segundo lugar, a evitar el nefasto error de sentirte una especie de demiurgo, manipulador abusivo de lo que —sin ser tuyo, y sin conocerlo a fondo— quizás técnicamente dominas. Todo científico consciente, al mismo tiempo, de la enormidad de su poder (el poder de la tecnología) y de su pequeñez personal, trata de guardar un sano equilibrio entre ciencia y conciencia. No todo lo que se puede hacer se debe hacer, y no todo lo que alcanzo con mi saber o con mi técnica es definitivo, y menos aún extrapolable.

6. Pero, además, esos hábitos intelectuales de compromiso con la verdad de las cosas y de ti mismo como criatura, que te permiten desarrollar el trabajo científico en consonancia (no en disonancia) con tu conciencia moral, capacitan también para captar eso mismo —el compromiso con la búsqueda de la verdad— en el trabajo de otros. Esa es, a mí entender, la base del diálogo interdisciplinar, tan propio de la universidad: la interrelación de unos y otros, cada cual desde su terreno propio, con la verdad, o dicho de otro modo, la captación entre los dialogantes de un respeto compartido por la indagación de la verdad a través de vías diferentes y legítimas.

7. No debo alargarme más, pero tengo que dar razón del porqué de estas consideraciones, sugeridas por la lectura del libro del Prof. Gonzalo Herranz. Un semi-profano, o quizá mejor, como soy yo, un semi-analfabeto en la gran biología que se contempla en este libro, piensa, sin embargo, que ha intuido y asimilado la clave de fondo que estas páginas encierran, clave que comparte. La ha intuido, asimilado y compartido porque, en realidad, dicha clave va más allá de la biología humana y de la bioética, aunque las engloba dentro de sí como engloba también a todos los demás saberes, seriamente planteados y desarrollados, en torno al hombre.

8. Esa clave, esa música de fondo consiste, sencillamente, en la afirmación y defensa de la verdad sobre el hombre, y, por tanto, de la grandeza y dignidad de la vida humana desde que es concebida hasta que llega a su fin natural. Cuando nuestro objeto de estudio es

la vida del ser humano, sea en sus orígenes biológicos, sea en las etapas de su desarrollo personal, sea en su declinar, no cabe prescindir intelectualmente (o ideológicamente) de su máximo patrimonio, que es el que solemos expresar, con sencillez pero no sin misterio, con el adjetivo "humano". Ese sencillo adjetivo, en el que late todo lo que Dios ha querido dar a esta criatura entre criaturas que somos, al quererla a imagen suya, llena de contenido nuevo —y trascendente— a los sustantivos a los que acompaña. Considere cada cual la enorme distancia conceptual que corre entre

las nociones de "vida" y "vida humana", "embrión" y "embrión humano", "muerte" y "muerte humana", distancia que exige ser respetada y no demiúrgicamente cancelada por medio de la manipulación tecnológica o la teorización ideológica.

9. Este gran libro enseña a comprometerse con la verdad del ser humano, con el trabajo bien hecho, con la perfecta compatibilidad entre la fe y la razón, con la necesaria armonía entre ciencia y conciencia. Su lectura me ha dado mucho, y yo quería devolvérselo, al menos con este elogio público y sincero.